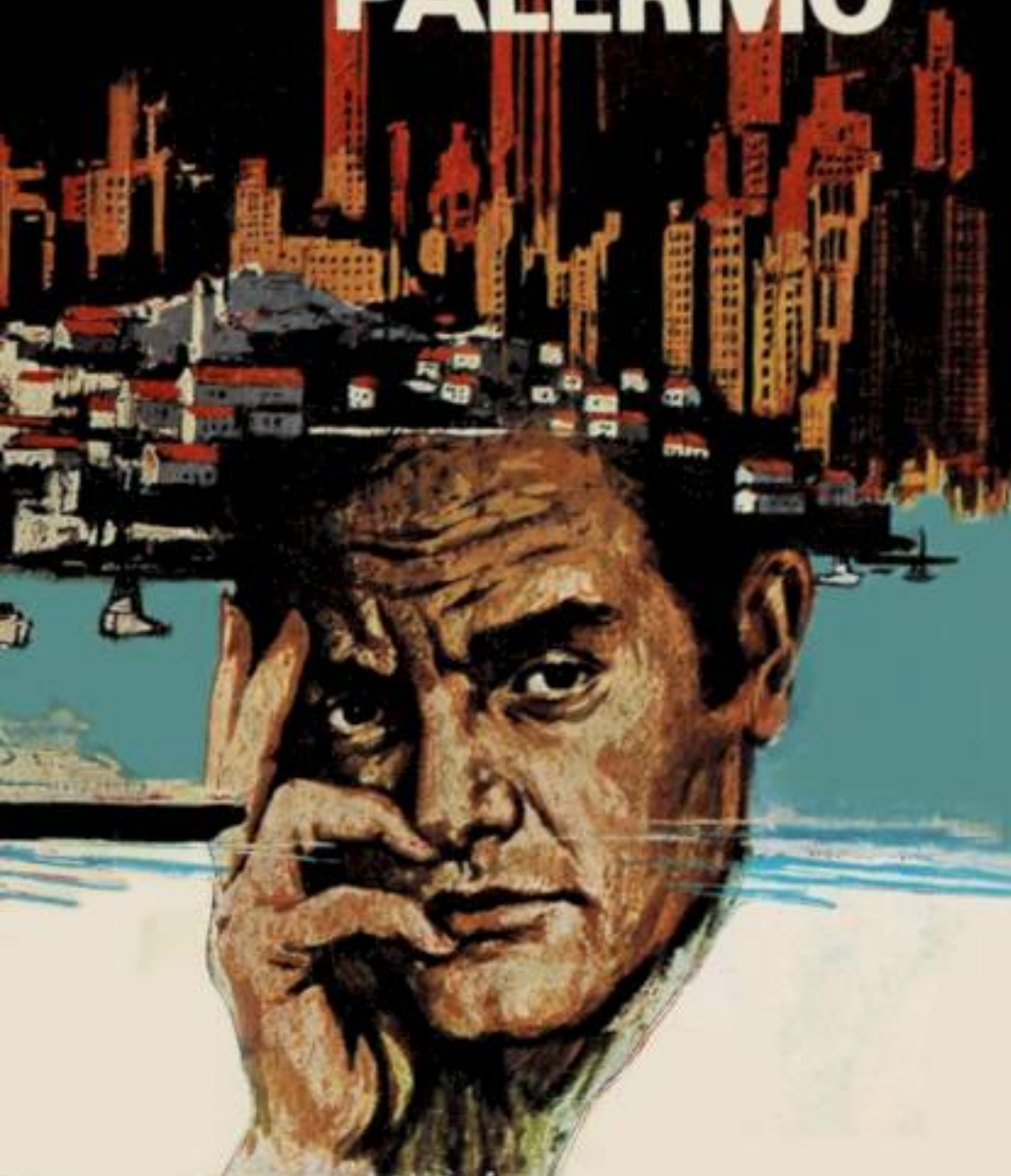


EDMONDE CHARLES-ROUX

**OLVIDAR
PALERMO**



Palermo-Manhattan. La aventura individual de Gianna Meri y la aventura colectiva de los italianos trasplantados a los Estados Unidos.

Y lo colectivo enlaza tan bien con lo individual, que la melodía del recuerdo se confunde con la música de la nostalgia de todo un pueblo. Libro-música, con el contrapunto entre Sicilia y América. Libro-pintura, en el que el lirismo de los colores no oculta el dibujo, nervioso como un Ingres o como un Stendhal. Libro-jardín, lleno de aromas embriagadores, de pasiones, de sol.

Y como constante, la nostalgia. Porque, bruscamente, en el mismo corazón de Manhattan, aflora a la superficie el recuerdo del verde paraíso de los amores infantiles, de la ardiente estación de los amores adolescentes, de la sombra del hombre amado... ¿Es posible olvidar Palermo?

Con esta novela, Edmonde Charles-Roux ganó el Premio Goncourt 1966.

Trátase aquí de una historia ficticia. Ninguna persona viva o real aparece en ella, y tanto los personajes como sus nombres son puramente imaginarios. Quien quisiera identificarlos sólo haría vanas suposiciones.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

¡América no existe! Es un nombre que se da a una idea abstracta.

HENRY MILLER

En Nueva York era sorprendente ver a un hombre vestido de negro sentado en el umbral de su puerta. Incluso en la ciudad baja, incluso en la esquina de Mulberry Street, resultaba sorprendente. Jamás olvidaré a Carmine Bonnavia, tal como se me apareció aquel día, como un sombrío mojón contra el cual tropecé.

Yo salía a las cinco de la sala de redacción, dejando a Babs entregada a la complicada estrategia de sus fines de jornada. Durante las primeras semanas de nuestro trabajo en común, asistí diariamente a su metamorfosis, breve ceremonia a la cual había quitado ella todo misterio. La operación era realizada con toda prontitud. En plena redacción, Babs se quitaba la falda y el jersey, y se cambiaba de los pies a la cabeza. De un maletín colocado debajo de su mesa escritorio, sacaba un collar, unos guantes claros, unas medias finas; después, deslizaba las largas y rosadas piernas en un vestido tubo negro, y la operación había terminado. No tenía tiempo que perder. ¿Interrogarla? ¿Preguntarle adónde iba? ¿Para qué...? Consideraba importante todo lo que hacía. La educación americana, la obsesión de la efi-

cacia, habían hecho estragos en ella. ¿Para qué todo este enredo de citas, de obligaciones, de recepciones, de sesiones inaugurales? Su carrera dependía de ellas, y eran otras tantas ocasiones de hacerse notar. «Mi carrera...». ¡Siempre estaba diciendo lo mismo! Babs se encerraba en esta frase como en un caparazón. Y así vivía, aferrada a unas convicciones que yo le envidiaba, sin compartirlas con nadie. Yo me limitaba a observarla en silencio, sabedor de que ella se preguntaba, con inquietud, para qué podía servir yo, que, una vez terminado mi trabajo, desaparecía con rumbo desconocido. Y, todas las noches, me interrogaba, en un tono de asombro que inútilmente trataba de que pareciese ligero:

—Bueno, ¿qué haces esta noche? ¿Adónde vas?

Al principio, antes de mi encuentro con Carmine Bonnavia, yo misma lo ignoraba. ¿Adónde iba? A ninguna parte...

—Saldré... Iré a tomar el aire... Deja abierta la ventana cuando salgas. Una se ahoga en tu mausoleo.

El semblante de Babs se cerraba. Babs se había forjado una imagen de la existencia que excluía el tiempo muerto. Tomar el aire... ¿No era esto *inactividad*, en su forma más inexplicable? ¡Pobre Babs! ¡Era la conciencia en persona! Nadie podía dar más importancia a la dignidad de redactora y especialista en belleza de un semanario de gran tirada. Le gustaba su profesión y la ejercía con minuciosidad. ¿Cómo podía yo calificar de mausoleo aquella colmena en la que ella reinaba? Sin embargo, muchas veces le había repetido que no ponía en ello la menor ironía.

—Si un cataclismo se abatiese sobre Nueva York, te encontrarían, dentro de diez siglos, enterrada bajo sus rasca-cielos. Aparecerías, como apareces hoy, dotada de una seducción extraordinaria, intacta y como embalsamada entre tus colecciones de muestras, tus botes de crema, tus lacas, tus polvos, tus series completas de rojo de labios, tus sombras para los párpados, tus leches de belleza. Los arqueólogos se equivocarían, naturalmente, pero con su gravedad

habitual. Anunciarían al mundo el descubrimiento de una sepultura fabulosa, la sepultura de una desconocida, esbelta y rubia, con el cuello cargado de perlas. Tomarían tu oficina por la Sala del Trono, el armario de los accesorios por el cofre del Tesoro, y tus secretarías por una compañía de prostitutas sagradas. Ya ves que no pretendo afligirte al hablarte de tu mausoleo...

Babs sonreía, quería ser condescendiente. Esta buena voluntad que a menudo se manifestaba en ella era un rasgo profundo de su carácter. Tal vez pensaba que en ocasiones era preferible dejarse desconcertar por frases inútiles. Tal era Babs, oscilando siempre entre cierta ingenuidad y la más viva desconfianza. ¿Qué era yo para ella? ¿Un accidente? ¿El desorden? ¿O, simplemente, la inquilina de su tía Rosie? Lo mismo da. Yo era su mala suerte. Pero ella no podía sospecharlo.

Al término de un largo resbalón, el exilio querido, el vacío, el tiempo muerto erigido en principio... Yo estaba en Nueva York para no pensar en nada, un programa complejo y que requiere disciplina.

Sección turismo: éste era mi empleo. Colaboraba en *Fair*, semanario leído por un inmenso público femenino con la esperanza de encontrar en él el arte de la elegancia, del buen tono, del saber vivir, y, sobre todo, aquella belleza cuyas recetas daba Babs con el aplomo más sorprendente:

«Para sonreír —escribía—, descubran ustedes sus dientes, todos los dientes de un solo golpe... Después, entreabran ligeramente las mandíbulas, pongan la punta de la lengua sobre el labio inferior... Esto les dará un nuevo encanto, y toda su vida cambiará».

Babs dirigía las sonrisas, hinchaba o deshinchaba los peinados a distancia, mientras yo describía Europa, sus catedrales, sus plazas fuertes, sus excavaciones, sus ciudades muertas. Y también yo sabía despertar la inquietud de

nuestras lectoras... Les vendía deseos de evasión, afanes de cultura, recuerdos seguros, cosas originales, tiempos pretéritos auténticos y garantizados. Grutas de sirenas, playas amadas por Ulises, balcones para serenatas, claustros para monjas enamoradas, castillos para el rapto... ¿Quién podría vivir sin conoceros?

Sumía a mis lectoras en pleno folklore; les infundía la nostalgia de las tarantelas, de las procesiones, de las semanas santas. ¿Dónde no las habré llevado? Prometía genio a quien bebiera marsala en las terrazas de nuestros cafés. ¿Y el amor? También prometía encuentros. Era la organizadora de la dicha en el extranjero. ¡Y eran tan fáciles de contentar aquellas mujeres a quienes enviaba a países para ellas sin recuerdos, sin peligros! No tenían que evitar paisajes ni ciudades. Ninguna de estas limitaciones que yo conocía demasiado bien. Gracias a mí, podían partir tranquilas. Mis artículos eran más minuciosos que la minuta de un banquete. Todo aparecía consignado... La ropa que había que llevar, los monumentos que había que fotografiar, los recuerdos que había que adquirir, la altura de los campanarios, la profundidad de las grutas. Todo. Incluso aconsejaba a las deportistas, a las nadadoras, a las submarinistas, que estudiaran atentamente las cartas marinas. Como conclusión, nada mejor que un consejo culinario. En ocasiones, me limitaba a recomendar un vino de marca. Pero, con más frecuencia, procuraba despertar insospechados complejos incluyendo en la minuta de mis lectoras platos tan poco conocidos que se veían obligadas a confesarme su ignorancia. Me escribían, me llamaban por teléfono.

—Oiga... ¿Es usted la que se firma Gianna Meri...? Yo vivo en Kentucky... ¿Qué es, exactamente, la *caponata*? ¿Cree usted realmente que, después de visitar Segesta, vale la pena de dar un rodeo de cuarenta kilómetros para ir al restaurante donde sirven aquella especialidad?

Yo insistía, las animaba:

—¡Cómo..., cómo! ¿No ha probado usted nunca este plato? ¡Pero si es el caviar de los sicilianos!

Suavemente, pero con firmeza, provocaba el infalible complejo. Al otro extremo del hilo, la dama de Kentucky se sentía abrumada por un sentimiento que era incapaz de explicar. Entonces, brindaba yo a la desconocida una ensalada de aceitunas y tomates maduros. Desembarcábamos juntas en la isla lejana. Cortábamos las berenjenas en finas rodajas. Más finas... Más finas... Nunca eran bastante finas. Añadía un poco de albahaca... ¿Qué? Sí; albahaca olorosa y calentada por el sol. Después la llevaba a una terraza que parecía el proscenio de un teatro marino. La hacía sentar al abrigo de una cubierta de paja. El agua murmuraba debajo del suelo. El calor de la orilla se volatizaba. Maravillosa, esta terraza... Ligera sobre sus estacas, como un junco sobre el azul del agua. Sometida al fin, la dama de Kentucky aceptaba mi itinerario, tan personal, tan original...

—Gracias, Gianna Meri... Muchas gracias... Lo haré sin falta. Iré a pasar mis vacaciones en Sicilia... Gracias.

Yo adivinaba en su voz la pena de no encontrarse ya allí.

En ocasiones, una lectora me confesaba sus inquietudes... su problema. Esta clase de confidencias me producían un inmenso placer. No por mezquindad femenina ni por malicia, sino por necesidad. Cuando una higiene mental elemental le obliga a una a desinteresarse de sí misma, empieza a sentir curiosidad por los demás.

La frecuencia de estas consultas y la importancia de mi correspondencia hicieron de la extranjera que era yo un elemento indispensable para el éxito de nuestro semanario. Había logrado lo esencial. ¿Tendré que añadir que mis jornadas estaban colmadas de trabajo? Me sumía en ellas, consciente de que el tiempo fluiría, minuto a minuto, sin dejarme la más breve ocasión de hundirme dentro de mí misma. Pero quedaban las noches, y esas horas difíciles en que nos asaltan las ideas que queremos ahuyentar. Apelé a toda clase de maniobras. Algunas de éstas no me sirvieron

de nada. Por mucho que una quiera romper con el pasado, siempre queda algo que se aferra a nosotros y de lo que nos es casi imposible libramos. Hay que tomar precauciones contra eso que brota de los recuerdos como surge una burbuja desde el fondo del pantano; hay que prevenir la mano que, en el sueño, nos toca con mayor realidad que si fuera real; hay que temer al desconocido cuya sonrisa hace que se encoja nuestro corazón; hay que luchar contra los brazos que han dejado de buscarnos. Hay que mentirse, ser cobarde, prever siempre lo peor y saber que, al menor desfallecimiento, el combate volverá a empezar desde el principio. Esto era lo que iba yo aprendiendo lentamente. El boxeador que gira alrededor del cuadrilátero, buscando con los puños los puntos débiles de su adversario, no pone más empeño en vencer del que ponía yo en huir de mí misma, en engañarme. Era mi propio adversario, y giraba alrededor de mí misma. Una danza que nada limitaba. Ni cuerdas. Ni público. Mi silencio era como un circo demasiado vasto, en el cual me agotaba. Entonces necesitaba toda la fuerza de Nueva York y de los otros, de los otros y de Nueva York: Babs, tía Rosie, todo un mundo desconocido, para hacer callar mi corazón. Y vivía al acecho de sorpresas capaces de hacer que mi memoria se volviera infiel.

—Voy a dejar mi hotel.

—Pero ¿tienes alguna queja? —me preguntó Babs, con una mirada de indignación.

—Ninguna... No me quejo de nada. Tranquilízate. Si tuviese alguna queja, probablemente no me marcharía. Al menos existiría esta cosa reprochable... Es prodigioso lo mucho que puede llenar una queja.

—¿El cuarto de baño...?

Ya salió esto... Babs tenía varios temas predilectos de conversación: el culto de la higiene era uno de ellos. En el hotel hay agua caliente de día y de noche. Hay tranquilidad

y todo es abundante. Los criados son mudos; las flores, artificiales e incluso lavables. Las paredes no dejan filtrar el menor ruido. Todo es doble: las cortinas, los cristales, las puertas. Desde mi ventana, veo circular silenciosos insectos: los transeúntes. De vez en cuando, la sirena de los coches de la Policía, ese lamento atroz, sube hasta mi habitación... Y también, a veces, la de las ambulancias... Nada más... Y el alba tarda horrores en llegar. ¿Comprendes?

¿Lo comprendía? Nunca he intentado saberlo. Me dirigió otra mirada indignada al decirme:

—En resumidas cuentas, que el silencio te impide dormir.

—Exacto...

—¿Qué deseas exactamente, Gianna?

—No; no te diré que quisiera volver al pasado y oír aquel gallo que cantaba en un gallinero invisible... El gallo que saludaba al sol todavía enredado en las brumas del mar... La mano apoyada en mi hombro... Las almohadas revueltas, hendidas como cimas nevadas en día de alud... El campesino que, al amanecer, conducía su mula a la era... Su canción... Quisiera volver a oír su canción: "*É ditto, é ben ditto, 'n celu si trova scritta*"... Su canción, la hora de despertar, la hora de volver a dormir...

—De acuerdo, Babs, me alojaré en casa de tu tía...

Sonrió, tranquilizada. Mi decisión, bien clara, tomada sin vacilar: «Me alojaré en casa de tu tía...», era bastante para ella. Había olvidado ya su pregunta («¿Qué deseas, exactamente?») y nada nos quedaba que decirnos. Pues ocurre a menudo que la vulgaridad expresada en voz alta acaba por ahogar la verdad mantenida en secreto.

Me mudé al día siguiente.

El día de nuestro primer encuentro, Mrs. Mac Mannox estaba a punto de salir. Así lo atestiguaba su sombrero, un sombrero abollado de color cereza y de buena marca.

Pasada la sorpresa que me causaron su estatura —«no es alta la tía de Babs»— y su delgadez —«un hilo»—, me puse a observar lo más importante: aquella americana de sesenta años, que se daba aires de jovencita, dejóse caer de su silla, más que se levantó de ella; se sostuvo sobre un solo pie, como disponiéndose a utilizar los negros cuadros de linóleo para jugar al tres en raya, y me condujo de habitación en habitación, con el paso saltarín de una colegiala en un rato de ocio.

La decoración de su residencia, que no era del día anterior, había sido obra del difunto Mr. Mac Manno. Éste había sido especialista en «relaciones públicas» y, en el mundo de los negocios, se le recordaba diciendo: «Era todo un tipo...». Gran comilón, al decir de sus amigos, y muy entendido en idiomas extranjeros.

—No se le podía contrariar en materia de decoración del hogar —me dijo tía Rosie.

Era evidente. Si Mrs. Mac Manno hubiese tenido un poco más de libertad, habría sin duda querido algo más femenino, más coquetón. Yo no sé... Tal vez muebles italianos, como los que exhiben en las tiendas de los anticuarios de la Segunda Avenida. Por ejemplo, una cómoda con incrustaciones doradas y adornada con pequeños gentilhombreros haciendo reverencias, consolas, lámparas de cristal de Murano, ramos de flores traslúcidas y temblorosas de luz, profusión de espejos, alfombras con grandes ramajes. Evidentemente... Si Mrs. Mac Manno hubiese tenido un poco más de libertad, habría sin duda escogido estas cosas. Pero Mr. Mac Manno había decidido lo contrario. «Indudablemente, el estilo italiano es alegre; nada tengo contra él, puedes creerme. Pero no olvides, pequeña, que sólo los judíos aprecian aquí el mármol falso, los espejos dorados y la pasamanería a base de grandes borlas. ¿Qué puedo hacer yo? Mis clientes son de esos a quienes los cachivaches mediterráneos suscitan gran recelo. No me interesa que los encuentren en mi casa. Quieren cosas sólidas. Por consi-

guiente, yo debo quererlas también... Créeme, vale más que amueblemos la casa a estilo inglés». Así se expresaba Mr. Mac Mannox, en tono firme y paternal. Tía Rosie se había acomodado a su manera de pensar.

Salita de té de Oxford, fumador de obispo anglicano, oficina de seguros marítimos, Banco de Londres, camisería de lujo: tales habían sido las diferentes fuentes de inspiración en las que se había abrevado Mr. Mac Mannox. Un grabado de principios de siglo, sobre la caza del zorro, y dos vitrinas adosadas a la pared y conteniendo objetos de plata, eran las únicas fantasías admitidas, elegidas probablemente para inspirar a los visitantes agradables pensamientos. Cada mueble, cada habitación, parecían cargados de secretas promesas. He aquí el despacho en que sólo se firman buenos contratos... El salón no propicio para el ensueño... Y la biblioteca que, por sí sola, evoca un pasado y da una impresión de equilibrio y de éxito. Nada fútil, nada frívolo en casa de Mr. Mac Mannox. Todas las sugerencias de su decorador, todas, sin excepción, habían sido juzgadas inaceptables. ¿Estilo francés para el dormitorio? ¿Unos toques de Luis XVI, una nota gris y tranquila? No me haga usted reír... Mr. Mac Mannox no era de los que creían que las cosas extranjeras eran las mejores. Entonces, ¿una pizca de la Gran Época? ¡Tonterías! Vamos, vamos, déjese tentar: sólo un toquecito, apenas un detalle, algo como un cofre en el antedespacho... Ni hablar de ello. Olería a clerical. Un especialista en «relaciones públicas» no puede apropiarse un estilo reservado al cardenal arzobispo de Nueva York. Sería un error, una falta de tacto e incluso un riesgo inútil. ¿Entonces? El decorador decía «¿Entonces?» con la resignación del hombre acostumbrado a las malas ideas de su cliente. Pues bien, ¡caoba! Las decisiones de Mr. Mac Mannox eran inapelables. ¿Y los muebles? Todos, sin excepción, de caoba; y también el enmaderamiento. Había que cargar el acento en la caoba... Caoba barnizada, reluciente como un espejo. Caoba *forte*, *fortissimo*... Caoba *ostina-*

to... Caoba *sostenuto*; Un himno al éxito cantado en caoba: esto y no otra cosa era la residencia de tía Rosie. De habitación en habitación, cobraba aliento, brillaba, se hinchaba, tronaba, resucitaba el recuerdo de los éxitos pasados, arrastraba al visitante, lo llevaba quién sabe adónde, tal como suelen hacer los himnos.

Yo debía el afecto de Mrs. Mac Manno a una corona; sí, estoy segura, a una corona que ella había visto bordada en mi pañuelo y a la cual no tenía yo derecho alguno.

En cuanto hubo hecho este descubrimiento, vi que mi tarjeta colocada en la puerta se había enriquecido con la palabra «Condesa», trazada por tía Rosie con caligrafía altiva, grande y espaciada, con una C jorobada y una S descabellada, que sobresalían con exagerado aplomo.

También cambió de modales a mi respecto, simulando que hablaba italiano, acogiéndome con un «*Cara Gianna*» que prolongaba hasta el infinito y salpicando hábilmente su conversación de «*chi lo sa*», para inspirarme confianza... ¿Cómo desengañarla? ¿Cómo confesarle que aquella corona no era más que un ejercicio de estilo, ejecutado en la clase de bordado del convento de Palermo donde me había educado? ¿Debía explicárselo? Más valía callar. Tía Rosie se había forjado una idea muy particular de Europa... Me exponía a una discusión interminable. «Sí, Mrs. Mac Manno, estuve interna en un convento. ¿Por qué interna...? Porque mi madre había muerto y mi padre no podía educar él solo a sus seis hijos... Sí; tiene usted razón, seis hijos son muchos... ¿Prolíficos, los italianos? Dice usted prolíficos como si se tratara de conejos... No es muy amable de su parte, tía Rosie. ¿La profesión de mi padre? Era médico... ¿De enfermedades venéreas...? Pero ¿por qué? ¿Que le han dicho que son endémicas en Sicilia...? ¡Bah! Ni más ni menos que en todas partes, puede creerlo... ¿De qué murió mi padre? Del tifus, estando prisionero de los in-

gleses en un campamento de Libia. No, Mrs. Mac Mannon, no era fascista. En esta guerra murieron muchos italianos que no eran fascistas...». ¿Hablar con tía Rosie? Hubiera equivalido a enfrentarse con lugares comunes nacidos no se sabía cómo, a soportar la generación espontánea de unas ideas exasperantes, remolinantes, insistentes como moscardones en un día de calor. Y habría tenido que describir el convento de mi infancia, la capilla, el refectorio, las clases de bordado y de música, los cursos de comportamiento, las lecciones de urbanidad. «Sí, los considero unos años felices... Oh, no, tía Rosie; nada de mortificaciones ni de penitencias exageradas, y no vivíamos en clausura ni llevábamos medias negras... Sí, tiene usted razón, las medias negras son antihigiénicas; pero, como no las llevábamos, es inútil hablar de ello...».

El catolicismo inspiraba una gran desconfianza a tía Rosie.

—Si quieres identificar a un católico —me dijo un día—, ¿cómo lo harás? Es prácticamente imposible. En realidad, todos los católicos que conozco aquí son intelectuales o agentes de policía. Entonces...

Y, como yo no supiera qué responderle, añadió confidencial:

—Desconfío de esos personajes exóticos.

Esta afirmación, añadida a otras, tales como: «Un judío será siempre un judío», o bien: «Toda minoría tiene forzosamente algo inquietante», o bien: «¡Un actor! ¿Quién aceptaría a un actor en una copropiedad? Su inconstancia es proverbial...», me habían convencido de que lo mejor era dejar a tía Rosie con sus convicciones. Permití, pues, que se felicidades de haber alquilado una habitación de su casa a una condesa italiana. Ya que le convenía este personaje de inquilina-condesa, ya que ella misma lo había fabricado de la cabeza a los pies, ¿por qué había de privarla de él? Todo esto puede parecer pueril. Y es que cuesta imaginar el afán de respetabilidad que, pasados los sesenta años y viviendo